

## Cuando la vida es un prisma



LA LITERATURA GALLEGA no es rica en testimonios autobiográficos. Tanto es así que, paradójicamente, la más voluminosa obra del género son las memorias que, con desigual calidad, viene publicando Santiago Alvarez, antiguo secretario general del Partido Comunista de Galicia durante la dictadura franquista. Perdimos la oportunidad de tener la memoria de quienes han sido los grandes clásicos de la literatura gallega contemporánea: Ramón Otero Pedrayo, Alvaro Cunqueiro, Ramón Cabanillas, Celso Emilio Ferreiro, Ramón Piñeiro, Vicente Risco. Espero que aún estemos a tiempo de que algunos testigos destacadísimos de las letras gallegas de este siglo que se nos acaba, nos dejen por escrito sus vivencias y sus recuerdos. Me refiero, especialmente, a Xosé Filgueira Valverde y a Domingo García-Sabell, sin olvidar a Manuel María quien, más joven que ellos, desde muy temprano tuvo trato con todos los escritores gallegos. Por mi parte y aprovechando la relación que tengo con los dos primeros y la amistad que me une con el poeta de Monforte, haré lo posible para hacerles ver la necesidad de que su fecundo caudal de vida y de creación no se pierda.

Los testimonios que de la propia memoria de los gallegos tenemos son pocos, como decía, y parciales en el tiempo. Sorprendentemente, aunque es posible que ello no sea fruto del azar, fueron los miembros de la llamada Xeración "Nós" los únicos que, prácticamente, nos han dejado un testimonio de los años en que editaban la revista orensana de aquel nombre. Unos años, la década de los veinte, de tránsito y de esperanza para la cultura gallega: Vicente Risco (*Nós, os inadaptados; Mitteleuropa*), Ramón Otero Pedrayo (*Arredor de si*), Florentino L. Cuevillas (*Dos nosos tempos*) y Alfonso R. Castelao (*Diario 1921*).

Recurrir a estos textos para intentar comprender el proceso de formación de la cultura gallega moderna resulta un tópico que, si bien imprescindible, no siempre proporciona el éxito buscado por una recurrencia de apriorismos. La otra fuente de la propia memoria, las cartas, tampoco es fácil de consultar. Y esto es así, entre otras razones, por las carencias estructurales que la investigación en este campo requiere. Valgan como ejemplo el relativo abandono en que la Real Academia Galega tiene los

materiales donados por los hijos de Vicente Risco o el hecho de que el volumen que, en las obras completas de Manoel Antonio, recoge su correspondencia, se vende a precio de saldo una vez retirado de los circuitos convencionales (correspondencia cuyos originales son de imposible acceso, custodiada por Domingo García-Sabell). Es por ello que la publicación de las memorias de Lois Tobío nos puede permitir situar mejor las coordenadas de la literatura y la cultura de Galicia, hasta 1936 en España y, desde 1939, en el exilio de América.

Lois Tobío (Viveiro, 1906) fue uno de los fundadores del Seminario de Estudos Galegos (1923), institución fundamental para el desarrollo de la ciencia gallega antes de la guerra civil. Estudió Derecho en Santiago y amplió estudios en Alemania. Diplomático por oposición, estuvo destinado en Europa oriental. Fiel a la República y al galleguismo, hubo de emprender el camino del exilio, primero en Cuba y luego en Uruguay. Reincorporado al ministerio de Asuntos Exteriores hasta su jubilación, actualmente preside el *Seminario de Estudos Galegos*, recuperado con la democracia.

Antes de profundizar en el contenido de la obra, conviene señalar su amenidad, circunstancia no siempre presente en el género. El lector gallego podrá entender algunos guiños que Lois Tobío hace. Lejos de cualquier frivolidad, aunque sin que falten el humor y la ironía, el autor es capaz de poner los puntos sobre las íes a algún que otro personaje, objeto de adoración por la repetición acrítica de tópicos y de clichés.

*As décadas de T.L.* es una obra escrita con sinceridad y con humor, incluso no escondiendo algunas circunstancias y trapisondas íntimas. Lois Tobío nos pone en antecedentes de su familia, un origen el suyo que lo hizo nacer en el seno de una familia culta y liberal de la costa luguesa. Su padre era maestro y fue miembro de la RAG. Su madre, dedicada a las labores de la casa, pertenecía a una familia de comerciantes.

Tobío organiza sus memorias por décadas y de ahí el título de la obra. Y no es casual esta división. Si para cualquier persona el cambio de década supone un peldaño en su particular recorrido vital, para Lois Tobío sus décadas significaron diversas orientaciones en su vida.

La primera década corresponde a la infancia en Viveiro. Los juegos, las primeras letras, los cuidados de la madre, de la abuela y las tías solteras, la posición relativamente relevante del padre, inquieto intelectual de villa. Es la década de la arcadia infantil.

La segunda comienza con el traslado de la familia a Compostela. El bachillerato en el instituto, las primeras amistades, algunas de ellas prolongadas en los años de universidad. Para el padre de Lois Tobío, la vuelta a Santiago representó poder relacionarse con profesores universitarios y con la pequeña *intelligentsia* compostelana. Todo ello repercutió grandemente en el muchacho Tobío, ya que algunos de los amigos del padre fueron profesores suyos en el instituto o en la universidad.

Con otros compañeros de estudios -todos cercanos a los veinte años- y algunos profesores participó en la fundación del *Seminario de Estudos Galegos*. Era el primer intento de dotar a Galicia de una institución científica de verdadero rango, multidisciplinar y atenta a cuanto sucediera en España y en Europa. El modelo era el *Institut d'Estudis Catalans*, fundado unos pocos años antes. Con Tobío estaban Filgueira Valverde, Carballo Calero, los hermanos Lorenzo y Antón Fraguas, entre otros. Colaboraron con ellos algunos miembros de la generación anterior, especial mente los componentes del grupo que editaba la revista *Nós* en Ourense (Risco, Cuevillas, Otero, Castelao, Correa). La fundación tuvo lugar en el pazo de Ortoño, cercano a Padrón, que había pertenecido a Rosalía de Castro y de la cual Tobío era pariente. A partir de su segunda asamblea, en 1925, Lois Tobío fue nombrado secretario de la institución. Ese mismo año, el SEG recibió a una delegación catalana, presidida por Cambó, sin duda interesado en conocer a los correspondientes gallegos del IEC. Estamos en su tercera década.

Las inquietudes intelectuales de Tobío le llevaron a leer un amplio abanico de autores, desde Maragall a Zorrilla y Espronceda, desde los precursores gallegos del XIX (Rosalía, Curros, Pondal) a los modernistas y malditos, unas lecturas aprehendidas a salto de mata, de manera bastante similar a como Joseph V. Foix escribiera en sus diarios al tratar de la formación que tuvo su generación. Esta vocación no le impidió manifestar su compromiso político contra la dictadura de Primo de Rivera, colaborando en una organización estudiantil clandestina.

La Compostela de aquellos años era un escape de la intelectualidad gallega, activa quizás como en ningún otro momento de la historia de Galicia. Prohibida la actividad política, todos los esfuerzos se canalizaban hacia y a través de la cultura. Una actividad que contrastaba con la vida religiosa de una ciudad cuya máxima autoridad fue siempre el arzobispo, con un ambiente semejante al de *La Regenta*, *Laura o la ciutat dels sants* o *O crime do padre Amaro*. Y en ese ambiente, el arzobispo y los miembros de la curia, con sus pequeñas debilidades humanas, eran el blanco de dimes y diretes. Tobío recoge sus recuerdos de los personajes civiles y religiosos que poblaban la Compostela de su juventud.

Brillantemente licenciado en Derecho, Tobío, como cualquier españolito de a pie, hubo de pasar por el servicio militar, que cumplió en Santiago, en caballería, tomándose este período obligatorio del servicio de armas con cierto estoicismo, la mejor garantía ante las absurdas situaciones con que se encontró en más de una ocasión. Una vez licenciado, obtuvo una beca para ampliar estudios en Berlín. Allí se relacionó con Felipe Fernández Armesto («Augusto Assía») -corresponsal de prensa amén de enlace oculto con la Komintern-, Francisco Ayala, Xammar, Corpus Barga, el químico catalán Cesar Pi Sunyer y con Vicente Risco, becado para estudiar etnografía. Muchas de las experiencias de Tobío coinciden con las que Risco narró en Mitteleuropa, aunque las actitudes de uno y otro eran, sin embargo, bien distintas, a pesar de su origen gallego común y de su colaboración en el SEG: Tobío era un joven licenciado, soltero, de izquierdas y liberal, que conocía bien la lengua alemana; Risco ya pasaba de los cuarenta, profundamente conservador y elitista, estaba casado, tenía pavor a todo cuanto sonara a pecado carnal y apenas se relacionaba con alemanes. Tobío encaraba el mundo con optimismo y Risco era un personaje en crisis.

Durante su estancia en Berlín, Tobío contactó con diversos romanistas alemanes por cuenta del SEG. De regreso a Galicia, Tobío vivió a los pocos meses la proclamación de la República. Marchó a preparar el doctorado a Madrid, ciudad en la que participó de la efervescencia política e intelectual que acompañaba al nuevo régimen. Viajó de nuevo a Alemania con motivo del viaje de fin de estudios por Centroeuropa, regresando a Madrid para prepa-

rar oposiciones al cuerpo diplomático. En ese momento, comenzó a manifestar sus diferencias hacia los falangistas que ya se enseñoreaban de Madrid de modo semejante a como lo hacían los fascistas en Italia y los nazis en Alemania.

Ingresado en la carrera diplomática, tuvo su primer destino en Sofía, la capital de Bulgaria. Los años treinta en el sudeste de Europa fueron un momento que requería cierta mano izquierda: la vecindad de la URSS estalinista, las reformas de Kemal Atatürk en Turquía, los nuevos países balcánicos surgidos tras la caída de los imperios austro-húngaro y otomano, la presencia de judíos huídos de los progromos nazis en Alemania. Tobío narra, con detalle no reñido con el humor, su experiencia como oficial de la embajada española en Bulgaria. No esconde experiencias íntimas como alguna relación amorosa.

Como jefe de legación, estuvo con Tobío un catalán de Sitges, Manuel Llopis de Casades. La relación de Tobío con Cataluña fue constante a lo largo de su vida. Amén de algunos profesores catalanes que había tenido en Compostela, también conoció a diversos catalanes cuando estuvo en Alemania. Por si esto no bastase, pasó buena parte de la guerra civil en Barcelona, donde conoció a quien luego sería su esposa.

Éste es el momento en que Lois Tobío inicia su cuarta década. Llamado por el gobierno, llegó a Barcelona a principios de 1937, desde donde marchó a Valencia, entonces capital de la República. Allí se reencontró con algunos galleguistas que consiguieron quedar en zona republicana. Giró inspección a diversos consulados en Francia y en Marruecos, y viajó fugazmente a Bulgaria, Turquía, Rumania, Grecia y la URSS. Vivió en Barcelona hasta que fue destinado al frente del Ebro como teniente auditor.

Con las tropas franquistas a las puertas de la capital catalana, Tobío se casó con Mari Carmen, Melu, una chica barcelonesa de familia acomodada a quien había conocido en la Residencia de Estudiantes. Dos días después del enlace, Tobío era avisado para evacuar Barcelona y emprender el camino de Francia. Comenzaba un duro exilio que les llevaría a París, Nueva York y Cuba, donde se instalaron durante cierto tiempo. En la ciudad de los rascacielos

coincidieron con Castelao, quien se encontraba de gira propagandística a favor de la causa republicana y galleguista.

En Cuba fueron ayudados por unos parientes de Tobío, establecidos bastantes años atrás. Entró en contacto con algunos intelectuales de la isla pero la política proteccionista de Batista dificultó que encontrara un trabajo estable. Esta circunstancia y el hecho de que la mayoría de los emigrantes más poderosos eran favorables a Franco, motivaron que los Tobío marcharan en 1940 al Uruguay. En este país residieron durante treinta años, durante los cuales Lois Tobío trabajó de periodista y de directivo de una multinacional farmacéutica. Colaboró activamente con las organizaciones gallegas de la emigración y del exilio, tanto de Montevideo como de Buenos Aires.

Algunas de las amistades de la capital uruguaya eran de origen catalán, como las hermanas Suñer y los hijos del pintor Torres García. En 1962, aprovechando un viaje profesional a Suiza, Lois y Melu pasaron los días de Navidad en Barcelona. No era la sociedad a la que estaban acostumbrados pero era la primera piedra para el retorno definitivo.

Al año siguiente viajaron a Galicia. Lois Tobío se reencontró, emocionado, con las viejas piedras de Compostela y con algunos de los antiguos amigos. Los sucesos de Uruguay que, años más tarde, desembocarían en la radicalización de la vida política (MLN Tupamaros y dictadura militar), aconsejaron a los Tobío el regreso a España. Se instalaron en Madrid y, una vez, jubilado de la multinacional farmacéutica, Tobío vió resuelta su petición de reingreso en la carrera diplomática, de la que se jubiló definitivamente en 1976. Rehechas poco a poco algunas de las antiguas amistades de Galicia y de Barcelona, Lois Tobío ha desempeñado diversas ac-

tividades culturales que le han llevado a la presidencia del SEG, recuperado con la democracia.

Éste es, muy resumido, el periplo vital de un hombre que resulta un tanto peculiar entre los miembros del SEG de preguerra. Una peculiaridad motivada por no tener una actividad explícitamente intelectual y porque su compromiso con la República no lo era sólo por convicción personal sino por deber profesional. Lois Tobío no aparece regularmente cuando se habla de los años veinte y treinta en Galicia, fundamentalmente porque no era escritor. Sin embargo, colaboró en aquel proyecto con un compromiso firme, que mantuvo en los años de exilio y a su regreso.

El relato de su memoria refleja, de manera positiva, este relativo distancia miento a que aludía. Tobío, por vocación primero y por necesidad después, buscó su profesión fuera de los ámbitos del galleguismo, bien cultural, bien político. Esta circunstancia le permitió estar a bien con todos, por encima de las diferencias entre el pragmatismo del interior y el idealismo del exterior. Y Tobío nos narra su peripecia con humor, con una gran tolerancia aunque sin ahorrar el comentario cáustico cuando la ocasión lo requiere. Un relato que nos pone en contacto, ni que sea a veces por los márgenes, con algunos de los más importantes sucesos de la vida gallega de este siglo.

Especial significación toma cuando leemos estas memorias desde Cataluña y desde el doble afecto hacia las culturas gallega y catalana, cosa que nos acerca más a la persona de Lois Tobío. Esperemos que la aparición de estas *décadas de T.L.* animen a otros a una empresa similar. Aunque sea como catarsis para enterrar algunos fantasmas, la cultura gallega necesita tener el testimonio vivo de nuestros años.

Joaquim Ventura